

atrevido a seguir a Durán. Con un ingenio raro, las dos vidas se siguen en contrapunto hasta que la fantasía se vuelve realidad o viceversa.

La acción de *Domingo de carnaval* (1945) se sitúa en el Rastro a principios del siglo XX. Se comete un crimen (el de una usurera, como en *Crimen y castigo*) y se desencadena una serie de peripecias con personajes que continuamente se sacan y ponen la careta y donde nada es lo que parece ser. El joven comisario Fernando Fernán Gómez y la sospechosa Conchita Montes son encantadores. Como en todos los filmes de Neville, la mujer no es nunca una mojigata y el hombre jamás hace gala de machismo.

El género a que pertenece *La torre de los siete jorobados* (1944) es difícil de determinar. ¿Comedia? ¿Filme de horror? ¿Sátira? Neville, que esta vez no parte de un guión propio sino de una novela de Emilio Carrere, se divierte en tratar las escenas más tenebrosas en tono de zarzuela. Por ejemplo, la música del *Dúo de los paraguas* de Chueca y Valverde, subraya la acción de una secuencia de horror. En el Madrid de principios del siglo XX, Braulio, un joven modesto (Antonio Casal) está enamorado de «La bella Medusa», una estrella de *music-hall*, que acepta su invitación a cenar si también invita a su madre, una alegre señora que come por tres (Julia Lajos, por supuesto). Para aumentar un poco su capital, Braulio va a una sala de juego donde se le aparece un personaje macabro que sólo él puede ver y que, con su ciencia del más allá, le permite ganar bastante dinero. Se trata de Don Robinsón de Mantua (Félix de Pomés) que se había suicidado algunos meses antes. Mantua le dice que en realidad ha sido asesinado y le pide que, a cambio de una gran fortuna, lo ayude a establecer la verdad y castigar a los culpables. La segunda parte de la película transcurre en el subsuelo de una vieja casa en ruinas, que comunica con una antigua sinagoga que parece llegar en espirales hasta el centro de la Tierra y que los judíos habían ocupado en el siglo XV, en la época de su expulsión de España. Los jorobados del título pasan y desaparecen como un coro griego. Las complicaciones del argumento son muchas pero todo terminará bien.

Jerónimo Mihura (1907-?), hermano del comediógrafo Miguel Mihura, es otro realizador de películas fuera de lo común. A pesar de que en 1946, por encargo, dirigiera una decena de cortos sobre diferentes temas del catecismo, su obra propiamente dicha está constiuida por una serie de películas muy originales y audaces aunque menos alegres que las de Neville. Sirvan de ejemplo *Confidencia* (1947), *Despertó su corazón* (1949), *Mi adorado Juan* (1949) y sobre todo *Siempre vuelven*

*de madrugada* (1947) donde, si se hila fino, resulta evidente la relación homosexual que existe entre Julio Peña y Conrado San Martín.

Y, por supuesto, *El camino de Babel*, realizada en 1944, que sorprende por su cinismo. Situaciones a lo Lubitsch resueltas con menos genio pero con más realismo porque si los enredos de Lubitsch transcurrían en ciudades imaginarias o pecaminosas (París, Viena) para no herir el puritanismo norteamericano, las aventuras narradas por Mihura transcurren en la España de los 40. En la Facultad de Medicina se entregan los diplomas a los nuevos médicos. «Los grandes hombres hacen las grandes patrias» vocea el rector. Tres amigos, flamantes médicos, se reúnen para festejar. Dos de ellos, César y Marcelino (Alfredo Mayo y Fernando Fernán Gómez) no se conforman con el título; se proponen casarse con mujeres ricas y vivir a costa de ellas. El tercer amigo, Arturo (Miguel del Castillo) no comparte los ideales de los otros dos. Para él, el amor es el único fundamento del matrimonio. El filme sigue por separado los avatares de César y de Marcelino. Ninguno de los dos logra decidirse a no casarse con la mujer que ama realmente y que es joven, bella y pobre.

Tiempo después, como lo han convenido, se reúnen en un hotel de lujo para iniciar sus grandes negocios. Ninguno de los dos se atreve a decirle al otro que se ha casado con la mujer que amaba. Al principio, las dos esposas son presentadas como ricas herederas pero poco después, todos confiesan la verdad. Se ven envueltos en negocios turbios con un gran industrial (Manolo Morán) que, en realidad, está loco. César y Marcelino pierden todo su dinero; ni siquiera pueden pagar el hotel. Es en ese momento cuando reaparece el moralista Arturo, que paga las deudas de sus amigos y que nada en la opulencia, según dice, gracias a los pacientes que ha heredado de su padre y a las rentas que recibe de unos campitos. Interrumpe el encuentro una señora madura cubierta de pieles, con un perrito en los brazos, que injuria sin piedad a Arturo y se lo lleva con ella. Porque, a pesar de sus principios morales, Arturo se ha casado con una multimillonaria la cual, como no podía ser de otra manera, está encarnada por Julia Lajos.

Como broche final, mencionaremos una película muy especial. Se trata de *Vida en sombras* (1948), el único filme realizado por Lorenzo Llobet Gracia quien, nacido en 1912, se dedicó desde 1936 al cine de aficionados y fue uno de los iniciadores de la entidad «Amigos del cine». *Vida en sombras*, de factura simplemente correcta, tardó mucho en estrenarse y pasó casi desapercibida, tal vez por adelantarse a su época. Es la primera película que trató el tema de la cinefilia; más aún, la cinefilia constituye el contenido mismo del filme, que analiza temas

y posiciones que supuestamente se habían planteado por primera vez hacia los años 60 en Francia, en la revista *Cahiers du cinéma* y entre los realizadores de la *Nouvelle Vague*.

*Vida en sombras* pasó por la televisión española en 1984 o 1985. Un casete circuló entre los cinéfilos franceses que, una vez repuestos de la sorpresa, manifestaron la más grande admiración por el filme. Hace dos años también se exhibió en el ciclo *Il cinema ritrovato* que se organiza en Bolonia en julio de cada año. O sea que se está reconociendo la existencia y el carácter «pionero» de la película de Llobet Gracia.

Veamos con algún detalle el contenido del filme:

Madrid, 1905. El señor Durán (Félix de Pomés) y su mujer, que está embarazada, pasean en un parque de diversiones. En un kiosco de tiro al blanco, Durán recibe como premio un «zootropo». La pareja bromea pensando que ese cilindro perforado, precursor del cine, será el primer regalo del hijo que va a nacer. En un biógrafo del parque donde pasan algunas vistas de Lumière, la dama se siente mal y da a luz en la propia sala.

Carlos Durán será el primer niño nacido en un cine.

En 1915, durante la Primera Guerra Mundial, Carlos frecuenta las salas de cine con sus amiguitos Luis y Ana. A la salida discuten sobre lo que han visto: Charlot, Eddie Polo. Ana dice preferir a la Perla Blanca (Pearl White). Se regocijan de antemano por la serie que va a comenzar la semana siguiente: *La moneda rota*.

La guerra llega a su fin. Mientras el padre lee en voz alta la declaración del armisticio, Carlos pega en las paredes de su cuarto fotos de sus películas y actores favoritos. Durante sus correrías en el campo, Carlos y Luis piensan en la película que van a filmar cuando el padre de Carlos le regale una cámara Pathé Baby.

Ya adulto, Carlos (Fernando Fernán Gómez) gana un concurso de documentales y consigue un contrato como operador de noticiarios. Además, escribe artículos de cine en la revista *Film selecto*. Es precisamente en un kiosco de revistas donde se produce el reencuentro con Ana (María Dolores Pradera) que no sólo se ha convertido en una hermosa joven sino también en una fanática del cine. Salen juntos. Van al cine. Se dan el primer beso cuando concluye *Romeo y Julieta* con Norma Shearer y Leslie Howard. Se casan. Van a tener un hijo. Estalla la guerra civil.

Mientras Carlos sale para filmar las sangrientas luchas callejeras, Ana muere víctima de una ráfaga de ametralladora. Convencido de que su afición al cine provocó la muerte de Ana, Carlos trata de olvidar su pasión. En el ejército, donde se desempeña como operador aéreo, pide que lo trasladen al cuerpo de infantería.

Al finalizar la guerra civil, Carlos se aloja en una pensión del centro de Madrid. Por la calle evita a los hombres-sándwich que anuncian el estreno de *El escándalo* de Sáenz de Heredia, y corre las cortinas de su cuarto que da a la Gran Vía pues el cine de enfrente, con gran despliegue de luces, exhibe *Rebeca* de Hitchcock.

Llega a la pensión Luis (Alfonso Estela), que se ha convertido en galán teatral. Con la complicidad de Clara (Isabel de Pomés), hija de la dueña de la pensión, logra que Carlos vaya a ver *Rebeca* con ellos. El efecto que le produce el filme es indescriptible. A la salida los tres amigos se lanzan a un análisis muy sesudo de la película. Descubren la importancia dramática de la voz en *off*. Carlos, por su parte, se da cuenta de que tiene mucho en común con el personaje de Laurence Olivier, que cree haber asesinado a su esposa.

En la soledad de su cuarto, por primera vez después de años, Carlos se proyecta algunos filmes de aficionados donde aparece con Ana en una época feliz. Aceptará dirigir una película *amateur* con Luis. Sostiene que «los autores de una película son el director y los actores» y que «si el director no es también el autor del guión, su trabajo se resume al de un simple capataz».

*Sombras* –así se llama el filme *amateur*– tiene mucho éxito. Luis proclama por radio que le debe todo a Carlos. Poco después, éste es contratado para rodar una película profesional. Él mismo escribirá el guión. Será la historia de su vida.

Como en una muñeca rusa, el destino de Lorenzo Llobet Gracia –llamado por alguien «el realizador más desdichado del cine español»– se mezcla trágicamente con el de sus personajes. Al fracaso de *Vida en sombras*, en cuya realización había invertido y perdido toda su fortuna, se añade la muerte de su hijo, el niño que en el filme cambia los rollos. Tal como el protagonista de la película, se siente culpable de esa muerte<sup>5</sup>. Por todo ello, estuvo a punto de perder la razón. Después de un largo tratamiento psiquiátrico y cuatro electrochoques, Llobet Gracia retomará circunstancialmente su actividad de cineasta *amateur* hasta su muerte en 1976<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Antes de *Vida en sombras*, Llobet Gracia había realizado un filme *amateur*, titulado *Suicida*. Un hombre descubre la infidelidad de su mujer y piensa en matarse o en matarla. Finalmente toma una foto en la que están los dos, la desgarró y coloca la parte que representa a la mujer sobre una vía de tren. El paso del tren sobre la foto provoca la catarsis que resuelve el conflicto. Pero en la vida real, la actriz que había encarnado la esposa, se suicidará poco después arrojándose a las vías de un tren.

<sup>6</sup> Los datos sobre la última parte de la vida de Llobet Gracia fueron suministrados por Ferrán Alberich, autor de un cortometraje sobre el realizador y restaurador de *Vida en sombras*.